

LOS NIÑOS DEL ALFOZ (II): EL INTERNADO

José Antonio Muñoz Matilla

Los primeros años de internado son para ti un recuerdo muy amargo. A pesar de todo lo que después ha ocurrido, fue aquella sin duda la época más negra de tu vida, porque eras un niño y no sabías reaccionar.

Cuando regresaste a casa de vacaciones le dijiste a tu padre que no querías volver nunca más a aquel colegio, pero tu padre, que estaba entusiasmado con tus notas, te dijo que no podías perder la beca, y así, llegado el día, te encontraste de nuevo en aquella cárcel odiosa.

Este texto lo escribe J. M. Vaz de Soto en su libro *El infierno y la brisa* y aunque no es exactamente así como ocurrió bien podría haber sucedido de esa manera.

No fue un tiempo fácil para vosotros, no lo fue para casi nadie. Pero al fin habéis conseguido una vida distinta, más fácil, más segura, más cómoda. El esfuerzo de entonces ha dado unos frutos. Eso era lo que buscaban vuestros padres. A cambio se produjeron heridas difíciles de cicatrizar. No se puede ganar en todos los frentes.

Pero volvamos al relato. La historia no da saltos. Antes de llegar al final conviene poner la mirada en la crónica de aquellos años, en los hechos consuetudinarios que ocurren en la rúa, que dice Machado por boca de Juan de Mairena.

Primer curso de bachillerato. Internado en el Colegio de los PP. Mercedarios Descalzos, en el Palacio de los condes de Requena. Tus padres ya han regresado al pueblo. Han vuelto a casa entre suspiros y alguna lágrima. Allí te has quedado con el alma en vilo; allí estáis los más pequeños descubriendo los nuevos espacios, tan inmensos, tratando de pasar desapercibidos. Los mayores juegan en el patio, se saludan, os miran con aire de superioridad. Comienzan las bromas y los empujones, también las burlas y los apodos, algunos durarán toda la vida.



Suena un silbato y como una colonia de hormigas os vais colocando en filas por orden de cursos en el centro del claustro, frente a las columnas. Tiene que sonar varias veces para que todos os percatéis de la llamada. Dos frailes se encargan de regular aquel caos. Cuando se hace el silencio vais subiendo y bajando escaleras hasta llegar al comedor. Allí otro fraile os espera para distribuirlos. Son tres filas de mesas largas. Sobre ellas están vuestros cubiertos marcados con las iniciales, igual que la servilleta y un vaso. Bajo el tablero un cajón abierto para dejar la servilleta al terminar de comer. Algunos se sientan antes

de la oración y de la consiguiente autorización así que se produce la primera reprimenda. Te ha tocado al lado de dos niños de tu misma edad. También los notas nerviosos. No sabes sus nombres y aunque te lo dicen servirá de poco. Cuando comiencen las clases seréis llamados la mayoría por vuestro apellido. Tenéis dos platos, hasta ese momento, en tu casa solo se utilizaba uno. La comida también es diferente, yo no será cocido, pero te gusta menos. De postre dos galletas de nata. Uno de los frailes te dice que esa será la última vez que dejas comida en el plato. Su mirada y las risas de alrededor te ponen nervioso. Quizás no estás acostumbrado a los ruidos y a la algarabía.

Al terminar de comer salís en fila, siempre en fila, al patio. Algunos juegan al balón, vosotros intentáis acercaros con poca fortuna.

- ¡Eh, tú, chiguito, deja esa pelota!

Así que unos cuantos os colocáis en un rincón, tras la portería. De dónde sois, pregunta uno y como si necesitaseis una salida cómoda os animáis a responder casi como el coro infantil de Machado cantando la lección: Yo de... yo de... en mi pueblo hay... en mi pueblo tengo... mi padre esto, mi padre lo otro, mi hermano es... mi casa tiene... Os animáis más que nada como defensa frente a aquella fortaleza que os parece el colegio, frente a aquella caterva humana que os amenaza, frente al miedo a lo desconocido.

Suena otra vez el silbato y de nuevo las filas. Uno de los frailes, aún no sabes sus nombres, os anuncia que vais a ir de paseo, a un pinar cerca de la ermita de la Virgen del Canto. Los doscientos chavales parecéis una serpiente viva. A la cabeza los más pequeños, al final los mayores, algunos de los cuales se perderán antes de llegar para poder estar esa tarde junto a alguna muchacha a la que no han visto durante todo el verano aunque les costase el primer castigo. Los castigos, oh, esa es otra historia...

De regreso al colegio te llamó la atención la costumbre de pasear dando vueltas al patio como un tiiovivo. Todos, de forma armónica, en grupos, unos hacia delante y otros hacia atrás, hasta que llegó la hora de la cena y poco después la llamada al dormitorio.

Sobre la colcha limpia, el pijama nuevo. Ahora venía un momento difícil: desnudaros delante de los compañeros. Nadie se atrevía a ser el primero. El fraile que os vigilaba paseaba por entre las dos filas de camas moviendo el silbato y pidiéndoos que fuerais más rápidos. Los más pequeños estabais en silencio, mirando hacia el suelo. Quizás para hacer menos incómoda la situación el fraile comenzó a rezar, de esa forma os fuisteis atreviendo a cambiaros de ropa. Con premura apagó las luces y sentiste el frescor de las sábanas, el calor del colchón de lana y las lágrimas rodando por las mejillas. Hacías lo posible por que no te oyesen, no querías ser el blanco de las burlas. Pero tenías miedo, te sentías desconcertado sin saber muy bien qué hacías allí. Oíste dar las doce en un reloj, más tarde sabrías que era el de la Torre y así, con el sabor salado de las lágrimas y el corazón latiendo más deprisa te quedaste dormido.



Unas palmadas antes de ser de día os despertaron acompañadas de una oración. Eran las siete de la mañana y teníais media hora para asearos. Fuiste haciendo lo que hacían los demás: sacar una toalla de la maleta, el jabón, la pasta y el cepillo para los dientes y fuiste caminando con los pómulos hinchados hacia los lavabos. Tu madre te había comprado un frasco de colonia. Al regresar ya no estaría allí. De nuevo optaste por el silencio. Algunos entrenaban su ingenio con los de primero. Allí no había nadie para defenderos.

Una vez aseados bajasteis a la capilla para oír misa. Eran las 7,30 horas. Media hora más tarde, al terminar los rezos os dirigisteis al estudio; os asignaron el pupitre que ocuparíais a lo largo del curso y os dieron los libros. Todos nuevos, con el olor característico del papel sin estrenar. Qué distinto de aquella enciclopedia Álvarez de tercer grado que habías tenido como único material en la escuela, con sus manchas de tinta y sus hojas amarillentas y desgastadas. No has podido desprenderte de ella como si no quisieras abandonar de forma definitiva la infancia. De todos los libros el que más

te llamó la atención fue el de Francés. En la portada una imagen de la torre Eiffel. El resto de asignaturas eran de sobra conocidas: Geografía de España, Gramática Española, Matemáticas, Dibujo y Religión. Os explicaron que cada una de ellas la impartiría un profesor o profesora y que además tendríais otras dos asignaturas: Educación Física y Deportiva, y Formación del Espíritu Nacional que vosotros llamaríais Política. Junto a cada libro había un cuaderno y material de escritura y dibujo. Aunque te pareció bien pensaste en lo caro que costaría todo aquello y en el dinero que le iba a suponer a tus padres. El dinero, bueno, es otra historia.

El tiempo de ese primer estudio pasó volando con una sensación de estreno. En algún momento te acordaste de tu maestro, aquel que te enseñó a leer y a escribir, a realizar cálculos sin dificultad, a resolver la raíz cuadrada y a solucionar los problemas mediante la regla de tres o de interés simple. Con el tiempo apreciarías mucho más a aquel buen hombre que te dejaba libros con personajes maravillosos: Robin Hood y lady Mariana, Jim y el pirata John Silver el Largo, el capitán Nemo y tantos otros que ocuparon tu mente y la llenaron con aventuras que de otra forma no podías vivir.

Pasadas las 8,30 fuisteis al comedor para desayunar. Sin saber cómo llegaron a tu mente las imágenes de tu casa, tu padre, preparando la leña para encender la lumbre y así tener la cocina caliente para cuando os levantaseis, el olor del café y el pan untado en manteca. Tu madre colocando sobre la mesa el bote de cola-cao y unas galletas junto con la leche recién hervida. Pensabas que nunca volverías a vivir aquellos momentos y aunque sí lo hiciste durante las vacaciones, ya nunca sería igual; ni tú eras el mismo que había salido un día de aquella casa ni los demás te percibían de la misma manera.

Antes de las 9h con la cartera preparada fuisteis a la clase que teníais asignada. Allí esperaban ya los externos, un grupo de niños que se sabían en mejores condiciones: su rutina apenas había cambiado, venían recién peinados, con olor a jabón, el rostro fresco y la mirada alegre. Os mirabais con cierto recelo, pertenecíais a mundos diferentes.

Es posible que ese primer día haya quedado grabado en tu memoria de un modo más sólido. O que tus recuerdos se mezclen con las emociones y por tanto no sean fiables. Lo que sí ocurrió de un modo objetivo fue un cambio radical en la vida de las personas y en las formas de encarar el futuro de niños y de mayores. Y empezaste a saber lo que era la nostalgia de la infancia aunque aún fueses un niño: la lluvia en los cristales de la vieja escuela del pueblo, el olor de la tierra mojada, el sol en los chimeneas al terminar el día, los gatos por los tejados, el juego de la peonza, la llegada de las golondrinas...; Cuántas imágenes dejarían de ser habituales para convertirse en un recuerdo!

Cincuenta y siete niños formabais aquel primero de bachillerato, apenas si os podíais mover en aquella clase tan pequeña; aún así os fueron colocando por orden alfabético de dos en dos. Tuviste suerte de sentarte al lado de un alumno interno; de esa forma os convertiríais en buenos amigos y os pudisteis proteger el uno al otro.

Y comenzaron las clases, una tras otra, de lunes a sábado, repitiéndose el formato: explicación, estudio, memorización, ejercicios, examen, explicación, estudio, memorización, ejercicios, examen y así día tras día, mes a mes, curso a curso. Con la información mensual que le llegaba a los padres y el esfuerzo por mantener la beca para seguir un año más atado al pupitre y a la rutina como el forzado amarrado al duro banco de la galera.

Así fue naciendo, en la mayoría, un sentido de la responsabilidad desmesurado, de hacer lo que se debe sin un modelo en el que fijarse. Ayudado por los sonidos de los silbatos de los frailes

que marcaban los ritmos de la vida en el internado. Regulaban la hora de levantarse y de acostarse, de ir al comedor, de entrar o salir de las clases, la hora de ir al estudio, de los recreos, de todo. Porque las consecuencias de no obedecer o simplemente de equivocarte o de reír o de hablar a destiempo eran exageradas y muchas veces violentas. La disciplina estaba basada en el castigo y en ocasiones en una bofetada; una mirada de menosprecio o de severidad marcaba los límites de lo permitido. Pero no era así con todos los muchachos. Aquellos procedentes de familias con mejor posición social y económica eran tratados con más respeto y hasta con cierta afabilidad. Y el resultado de tales prácticas tampoco era el previsto; funcionaba con los más débiles y sumisos, que erais la mayoría. Para los otros, para los más contestatarios, suponía un estímulo para seguir siendo como eran. Además de un abuso, se convertía en un acto estéril e ineficaz. Así aprendiste otra lección: no todos somos iguales. Las casillas están marcadas desde la salida. Aunque eso es otra historia...

A los pocos días del inicio del curso tu nuevo amigo recibió una carta. El sobre ya estaba abierto. Era de un primo suyo que se había trasladado con su familia a una ciudad. Trabajaba en un bar. Le hablaba de sus aventuras, de las chicas y le contaba algún chiste. El fraile la leyó en voz alta entre las risas de los demás. La vergüenza hubiese podido quedar ahí si no fuera porque le obligó a responder. Le hizo escribir que aquel colegio era un lugar de trabajo y oración, que allí no cabían conductas groseras ni comportamientos chabacanos. Aguantándose la rabia tu amigo escribió lo que el fraile le dictaba. Al terminar cerró el sobre con la dirección. Nunca más volvieron a intercambiar correspondencia.

Ambas conductas, la violencia y la humillación tuvieron consecuencias en vuestra forma de ser puesto que aprendisteis a utilizar la agresión y la burla como forma de comportamiento, especialmente de los que se sentían más fuertes; así nació también un sentimiento de vulnerabilidad y de indefensión difícilmente manejable en aquellas edades y que formará parte del sustrato emocional futuro.

Al mismo tiempo erais capaces de observar pero no de entender la doble moral: los que predicaban la bondad y la nobleza de los actos, los que os inculcaban las enseñanzas basadas en la moral católica se convertían en hombres violentos; quienes tenían el deber de crear un vínculo y ser un modelo de conducta eran los que representaban el miedo y la desconfianza. *La vida, en general les parecía una cosa fea, turbia dolorosa e indomable*, dice Pío Baroja en *El árbol de la ciencia*; eso parecían dar a entender con su conducta.

Y, aunque con el paso de los años la violencia física fue desapareciendo, los castigos seguían siendo una norma habitual. Os castigaban a dar vueltas al patio, a rezar el rosario en la capilla (¡la oración como castigo!), a no salir la tarde del sábado o la del domingo... Unas veces eran castigos colectivos y, por tanto, más injustos, y otras individuales, por cualquier ñoñería, sin capacidad de respuesta ni de debate. Porque sí.

¿Te acuerdas de aquella visita de tus padres? La has revivido y contado más de una vez. Habían venido a traer y llevar tu ropa, a verte y abrazarte. Aquellas visitas tenían la alegría del encuentro y la pena de la despedida. Habías salido atropelladamente de clase porque sabías que iban a estar a la entrada y el tiempo para verlos era escaso; un fraile salía al mismo tiempo y te chocaste contra él. Tenías once años y él más de cuarenta. La afrenta no sería muy grave pero él reaccionó dándote dos bofetadas. Te echaste a llorar no tanto por el daño sino por ver a tus padres enmarcados en la puerta, esperándote entusiasmados. El fraile también los vio y te acompañó hasta ellos poniéndote un brazo sobre los hombros en señal de protección. Los saludó y les habló de lo bien que trabajabas, de lo bien que te portabas. Consiguí engañarlos. Y tú, allí, llorando, mientras tus padres te preguntaban la razón de aquel llanto. Aunque el fraile se marchó no fuiste capaz de decirle a tus

padres la causa. Sabías que si decías la verdad te castigarían o te volverían a pegar por cualquier motivo. Así que aguantaste la rabia pero no lo has olvidado.

Con estas prácticas lo que ibais ganando en saber lo perdíais en sentimientos y en sensibilidad. Supisteis lo que era el miedo, la rabia, la tristeza y el amor porque a menudo os encontrabais inmersos en tales emociones. Pero no sabíais manejaros en ellas más que por la fórmula del ensayo y del error. Las conocíais a través de las historias que leíais o veíais en el cine pero no había nadie que os ayudase a despejar el camino de su ejercicio. Contabais únicamente con vuestro esfuerzo y el carácter de cada uno. Si ahora sabéis lo que es la ternura y el cariño ha sido gracias al viaje de regreso. Lo explica Francisco Umbral en su libro *Mortal y rosa: La primera infancia, la época que perdemos de nuestra vida, de la que nunca sabemos nada, solo se recupera con el hijo, con él vuelve a vivirse. Gracias al hijo podemos asistir a nuestra propia infancia a nuestro propio nacimiento. Un hijo es la infancia recuperada, la pieza suelta del rompecabezas.*

Y si para vosotros fue duro imagínate para los padres y las madres. ¿Con quién recuperaron su infancia, a quién besaron y mimaron, cómo desarrollaron su instinto de cuidado y protección?

Aquel primer curso aún se llevó a cabo en las aulas del propio colegio de los PP. Mercedarios. Sería el último; después pasó a convertirse en residencia sin grandes cambios en su organización. Disminuyó el número de frailes pero no así el orden y la disciplina. Ya no teníais misa por la mañana así que ese tiempo lo dedicabais al estudio, junto con otros dos periodos diarios. En total cuatro horas, además de las siete de clase.

Poco tiempo para el ocio. Como excepción os permitían ver en la televisión los grandes combates de boxeo de esa época (José Legrá, Pedro Carrasco, Urtain) y algún partido de fútbol internacional. Ese horario tan rígido y tan repetido fue vuestro modo de vida. No pensarás que vuestro orden mental y el rigor en el trabajo ha nacido de la nada. Se atribuye a Séneca la frase: *Tarde se olvida lo que se aprende por mucho tiempo.*



La docencia pasó al nuevo Instituto: Cardenal Pardo de Tavera, religioso nacido en Toro e inquisidor general. Un instituto más luminoso, más funcional y más atractivo para todos los niños y jóvenes del alfoz. Porque traía consigo una novedad importante: se trataba de un instituto mixto aunque aún se conservarían durante varios cursos algunas clases separadas por sexos, pero los pasillos y los recreos eran una mezcla de voces y de colores. Aún así había cierta desazón entre las familias por lo peligroso del cambio. También hubo variaciones en la enseñanza: nuevos profesores vinieron a daros clase, jóvenes, cultos, comprometidos y, en ocasiones, hasta divertidos. Los mirabais con más confianza y su estilo

de relacionarse con vosotros estaba más acorde con el buen trato y la relación afable. Algunos de ellos forman en la actualidad parte del círculo de personas de confianza aunque haya pasado tanto tiempo; os veis por la calle, habláis del paso del tiempo, de la diferencia de épocas manteniendo una cordialidad sincera fruto del entusiasmo de los adolescentes hacia quienes les dedicaron un tiempo especial y una relación amable.

Los años se sucedían bajo la rutina del estudio, las vacaciones y los cambios morfológicos. Las semanas tenían un sonido monocorde: clase de lunes a sábado en horario de mañana y tarde; los sábados y los miércoles solo por la mañana. La tarde de los miércoles era día de cine en la residencia, igual que la del domingo. Aún recuerdas la melancolía que te causaba entrar con sol y salir de noche.

La tarde de los sábados la dedicabais a pasear, rezar el rosario y confesaros en la iglesia a la que accedíais por un pasadizo desde la residencia. Evitando la tentación se evita el peligro.

A la sesión de cine de los domingos asistían, a veces, las chicas del colegio Amor de Dios. Para los mayores era un momento especial aunque bajo la atenta mirada de frailes y monjas todo quedaba en sueños y miradas. Años más tarde, cuando viste la película Cinema Paradiso recordaste los cortes en la cinta que hacía el fraile encargado de la proyección al aparecer las escenas en las que las parejas se besaban. Nunca cortaron las de violencia. La censura, ¡bah! es otra historia...

La amenaza constante por vuestros pecados, la condena y las penas del infierno, la importancia de la pureza y la castidad, la represión hasta convertir este mundo en un valle de lágrimas ¿Recuerdas el sermón sobre el pecado del Rey David?

En las misas de los domingos los internos ayudabais como monaguillos: a las 10, a las 11, a las 12, a las 13 y a las 20h. La única ventaja era no ir al estudio de por la mañana y sentir cierta vanidad desde el altar mayor al ver a las chicas ir a comulgar. Aquel día una de las lecturas tenía que ver con el pecado del rey David. Ya se sabe: David vio bañándose a una hermosa mujer, Betsabé, casada con un soldado llamado Urías. Se enamoró de ella, la tomó y quedó embarazada. Para esconder el hecho mandó que pusieran a su marido en la primera línea de batalla, que después se retiraran y lo dejaran solo. Urías murió y David la convirtió en una de sus esposas. Todo esto aparece en la Biblia. El fraile que oficiaba la misa mayor aquel domingo, un anciano bondadoso fiel a las ideas de la época, se centró en este hecho y afeó a los hombres los pecados de la carne, su concupiscencia y sus bajas pasiones. Pero también se refirió a las mujeres en general y a las mujeres toresanas en particular, porque con su astucia, su forma de vestir, su maquillaje, sus ademanes y su falta de decoro incitan a los hombres a pecar. Son las armas que el Maligno utiliza para traer el Mal al mundo. *Son ellas las que desperezan la fiera que duerme en la naturaleza del hombre con el ofrecimiento de su celo apetitoso.*

Aquellos mensajes repetidos machaconamente os hicieron ver un mundo peligroso, lleno de culpas y amenazas, un mundo diferente para hombres y mujeres sin nadie que pusiera un poco de equilibrio y de luz en las creencias.

Las relaciones entre los chicos y las chicas, a pesar de compartir pupitres, seguían su particular ritmo de confusión; os apoyabais en vuestros impulsos y eso os daba alguna satisfacción y más de un disgusto.

El domingo de carnaval viste a tu amigo en el baile con aquella muchacha de la que te contaba que estaba enamorado. Iban cogidos de la mano y en él había una mirada de triunfo. A partir de ese día paseaban juntos en los recreos y se esperaban al finalizar la clase. Era un amor aún incierto pero para tu amigo ocupaba toda su energía y todo su tiempo. Al llegar a la residencia te detallaba sus preocupaciones y los motivos de su felicidad. Pero la dicha le duró poco. Al cabo de unos días la muchacha le contó que no estaba segura, que sus padres no le permitían esa relación y que era mejor darse un tiempo. Punto y final. *Se acabaron las vacas gordas y los amores fáciles*, dice Daniel Pennac en su libro Mal de escuela. Aquel hecho tan habitual le dolió mucho: es duro saber que no te quieren, decía. Seguramente lo magnificó en exceso pero quién os había enseñado a perder y a esperar, quién os había hablado de la madurez de las emociones y del desorden de los sentimientos.

No solo frente al amor, también frente a la muerte os encontrabais sin recursos. La primera vez que tuviste conciencia de ella fue tras el fallecimiento de la madre de uno de tus compañeros. El instituto fletó un autobús para acudir al entierro. Lo viste salir de la iglesia y te causó una enorme

pena. Intuías su tristeza y querías ayudarle pero no sabías cómo. Nadie os había preparado tampoco para las pérdidas y el duelo. Para lo irreparable, en palabras de Félix de Azúa, para no volver a compartir nada con quien te ha querido tanto. Como en otros otros combates tuvisteis que aprender en la batalla, al andar por el camino.

Y, hasta ese momento el camino se reducía al instituto y a la residencia aunque poco a poco fue naciendo en vosotros un debate interior poniendo en duda los axiomas establecidos. Apenas sabíais lo que estaba pasando fuera de esos espacios. Los conflictos laborales, las luchas sindicales, los movimientos estudiantiles, los juicios y las sentencias no formaban parte de vuestra vida diaria. Hasta que fueron a coincidir los cambios externos con los internos; los acontecimientos empezaron a ser visibles al mismo tiempo que la transformación de vuestra mente, vuestras emociones y vuestras conductas.

Al comenzar el bachiller superior se produjo el asesinato del presidente del Gobierno, Luis Carrero Blanco. Las clases se suspendieron y os fuisteis para vuestras casas. Nadie hablaba pero vuestra edad os invitaba a cuestionaros y a discrepar de los juicios preestablecidos mezclando desconcierto y recelo.

Una noche leías en la cama, a la luz de una linterna, tapado para no ser visto, *Crónica del alba*, de Ramón J. Sender. El fraile que hacía la ronda nocturna al pasar al lado de la cama te descubrió; no le sería muy difícil entrever la luz. Así que te quitó la linterna y te dio un coscorrón. Del libro no se preocupó, pudiste seguir leyéndolo a escondidas. Su lectura podría haber quedado en una historia sobre el paso de la infancia a la juventud, o del amor entre dos niños José Garcés y Valentina, pero supiste que su autor estuvo en el exilio y quisiste saber las causas.

El sistema tenía sus rendijas por donde se filtraban pensamientos nuevos que generaban dudas. Serrat y su disco sobre Machado os llenó de inquietudes devolviendo a la actualidad los versos del poeta y su compromiso. Con él descubristeis el trágico destino de tantos hombres que defendieron sus ideas. Paco Ibáñez convertía en canción de lucha el poema de Alberti, *A galopar*. En Portugal se produjo la revolución de los claveles con *Grândola, vila morena*, como señal para su inicio. Y algunos compañeros pusieron en escena *Antígona*, la tragedia que representa el enfrentamiento del individuo contra el Estado, en el teatro Latorre.

Cuando en muchas partes del país los jóvenes luchaban por cambiar las estructuras o se movilizaban para evitar ejecuciones, vosotros, a punto de abandonar aquella etapa, plantasteis cara por una vez a los frailes de la residencia por un motivo aparentemente banal: la hora de volver los fines de semana. Erais jóvenes con ganas de vivir y de soñar por mucho que aquel entramado de normas, deberes y sanciones os lo tratasen de impedir. Y, aunque ganasteis aquella batalla perdisteis la guerra. Los procedimientos y las prácticas se mantuvieron algún tiempo más. No fue mucho lo que hicisteis pero os sentisteis actores principales después de siete años de asentimiento y resignación.

Como Ulises conocisteis sirenas y cíclopes, personas maravillosas junto con otras que os hicieron daño. Os enfrentasteis sin armadura a la aventura de vivir en una época marcada por el ejercicio del deber sustentado en el miedo y en la autoridad.

No fuisteis conscientes del horizonte, erais como las hormigas que trasladan y almacenan su grano de trigo para el invierno. Estabais en el centro de la tormenta sin saberlo. El conocimiento junto con las experiencias vividas os transformó. Habéis adquirido saberes y desarrollado la curiosidad. Como dice Nuccio Ordine en *La utilidad de lo inútil, la única oportunidad para conquistar y proteger nuestra dignidad humana nos la ofrece la cultura y la educación*.

Al mismo tiempo, las relación con tantos compañeros ha terminado por convertirse en amistad. Para llegar a ello, para recorrer ese camino en busca de otra Ítaca, os hizo falta una gran capacidad de esfuerzo, de sacrificio y de adaptación. Lo dice el psicólogo suizo Jean Piaget, *la inteligencia es la capacidad de adaptación*. Y vosotros disteis fe de ello.

Perdisteis las enseñanzas de vuestros padres, sus expresiones de afecto y su protección. Ellos también perdieron, sin una queja, con sacrificios y renunciias, con el fin de daros a vosotros una alternativa mejor.

¿Y en el alfoz, qué ha pasado?
Bueno, esa será otra historia.

SEGUROS DE AUTOMÓVIL, HOGAR, VIDA, DECESOS, SALUD, PYME, AHORRO, . . .



ST
SEGUROS
SAMANIEGO DE TIEDRA

EN TORO, C/ CORREDERA, 49 - BAJO